

— EL —
SAGRADO CORAZON DE JESUS

— V —

NUESTRO SIGLO.
POR F. S. y S.

Con permiso de la Autoridad Eclesiástica.



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

038657

657

021

Uy

ÓNOMA

AD

AL
38657

001021



1080016196



EX L

HEMETHERII

Episcop

SAGRADO CORAZON DE JESUS

NUESTRO SIGLO.

La devoción al Sagrado corazón de Jesús es á la vez un culto y un apostolado.

Como culto es la veneración, el amoroso obsequio tributado á la misericordia infinita de Jesucristo, Dios y hombre verdadero dotado por lo mismo de un corazón como el nuestro, aunque unido inseparablemente á la Divinidad. Es la gratitud, el afecto entrañable que por nosotros sintió, mientras vivió esta vida mortal, y que siente aún hoy viviendo en los cielos y en nuestros altares vida inmortal y gloriosa.

Como apostolado es una verdadera educación de nuestros pobres corazones en la es-

—2—

cuela de este Corazón; es un estudio de este modelo; es como una irradiación espléndida de sus purísimos afectos y sentimientos entre los cristianos todos; es atracción hacia arriba, en contraposición á las groseras tendencias que nos arrastran constantemente hacia abajo.

La devoción al Sagrado Corazón de Jesús es en el fondo la devoción de todos los siglos cristianos. ¿En qué siglo no se han tributado á la humanidad sacratísima de Jesucristo unida á la Divinidad, los homenajes más tiernos y fervorosos?

Sin embargo, en la forma en que quiso revelarla el mismo Jesús á su piadosísima sierva, la recientemente beatificada Margarita de Alacoque, y en el prodigioso desarrollo que conforme á la promesa del mismo Jesús ha obtenido en los pueblos modernos, es una devoción verdaderamente de actualidad y á todas luces providencial.

Dios se manifiesta constantemente en su Iglesia del modo más adecuado á las necesidades de ella. Cada manifestación suya es siempre en la historia un verdadero rasgo de oportunidad.

Examinemos bajo este punto de vista la devoción al Sagrado Corazón de Jesús.

120100

FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLES

El primer error de nuestro siglo es lo que podríamos llamar la adulteración, la falsificación de la Divina Persona de Jesucristo. Se le tiene por algunos, á Nuestro Señor, como un mito ó tipo de leyenda, sin más existencia real que la que han tenido los fabulosos personajes de la mitología. Por otros, como un filósofo simplemente tal, que con mejor fortuna que los demás ha dejado fundada una escuela que se llama Cristianismo. Algunos le toman únicamente como reformador político y social, como el gran demócrata; faltando poco para que le llamen precursor de Mazzini y de Proudhon. Ante esos delirios en que lo necio compite con lo blasfemo, la Iglesia católica nos ofrece en el culto del Sagrado Corazón de Jesús la idea exacta, genuina y evangélica de su divina personalidad, mostrándonos en El, el Verbo del Padre, la segunda persona de la Trinidad Santísima, revestida de nuestra carne, ofreciendo su sangre por conquistarnos los derechos del cielo, y derramando á raudales de su purísimo Corazón, gracia, luz, consuelos, ejemplos y enseñanzas. Honrar, pues, al Sagrado Corazón de Jesús, es honrar su carácter divino y sobrenatural, en oposición á la falsificación naturalista que de El pre-

tende hacer la impiedad. ¿No es, pues, un apostolado oportunísimo y fundamental propagar la devoción al Sagrado Corazón de Jesús?

Y ¿qué diremos si bajando de las ideas á las costumbres contemplamos su oportunidad bajo este punto de vista?

Las tendencias más pronunciadas en el hombre de nuestro siglo son: un *orgullo* que solo puede calificarse como merece, llamándosele satánico; un *egoísmo* tan brutal, que podría decirse verdadera idolatría del *yo*; y todo esto, no reconocido como defecto ó flaqueza humana, sino elevado á doctrina, formulado como sistema, condecorado con el pomposo nombre de filosofía y llamado «positivismo.» Positivismo, es decir, el culto de lo material, de lo rastroso, en oposición á toda elevación del espíritu y del corazón; la abdicación de toda aspiración, de toda tendencia, de toda esperanza que no se refiera á lo que se palpa con las manos y se goza con el cuerpo; el suicidio del alma, que se quiere se asfixie á sí propia, negándose sistemáticamente lo que constituye su único aire respirable, lo sobrenatural. Tal vez no todos mis lectores están en el caso de averiguar y expo-

ner los orígenes de ese contagio, ¿pero quién no llora á cada paso sus resultados? ¿Quién no lamenta este general decaimiento de los corazones, ese rebajamiento del carácter que aún en lo humano hacen tan raros los ejemplos de abnegación y sacrificio, tan comunes en los siglos de fe? Nunca como hoy se tuvieron á sí propios en tanta estima los hombres, y nunca como hoy fueron tan poca cosa. Nunca como hoy se habló de patriotismo y nunca anduvieron tan escasos los sacrificios por la patria. Nunca fué tan común el vivir á costa de ella, como nunca fué tan raro el morir por ella. Nunca como hoy se blasonó de dignidad y consecuencia, y nunca como hoy fueron tantos los envilecidos y los inconsecuentes. Nunca como hoy se ensalzaron los derechos y la emancipación del pueblo, y nunca fueron como hoy los derechos del pueblo pisoteados. Nunca como hoy se habló de pensar y de libre pensamiento y de derechos del pensamiento, y nunca como hoy se ha comido más y se ha pensado menos. Nunca como hoy se hapreciado el hombre de su corazón, y nunca sin embargo, se ha visto más subordinado el corazón al estómago, el sentimiento al cálculo, el deber al interés. ¿No es, pues

un oportunísimo apostolado levantar un poquito los corazones de este cenagoso positivismo, poniéndoles á la vista el corazón modelo, haciéndoles leer en este libro abierto lo que es abnegación, lo que es respeto, lo que es caridad, lo que es aspiración al cielo, lo que es desprendimiento de la tierra, y tantas y tantas otras cosas de las que el diccionario moderno parece haber perdido hasta el vocablo con que se nombran? Y ese levantamiento de corazones decaídos y degradados ¿puede efectuarse mejor que en nombre y por la atracción á la vez suavísima y poderosísima de un corazón humano que por el misterio de la Encarnación es á la vez Corazón divino? Para que el hombre pudiese salir del cieno de la miseria y elevarse á regiones más nobles acercándose á Dios, Dios se ha dignado acortar en cierto modo las distancias *humanándose* El, y poniéndose en contacto con nosotros para mejor atraernos y levantarnos. ¿Se puede pues, cooperar mejor á las miras amorosas de Dios que cooperando á esa atracción que de nuestros corazones quiere realizar por medio del Corazón Sacratísimo de su Hijo Jesucristo?

F. S. y S.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
Biblioteca Valverde y Teller

001021



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

